

# Henry James

## La vuelta del torno

Traducción de Alejandra Devoto, Jackie DeMartino  
y Carlos Manzano

Primera edición, 2015

Título original: *The Turn of the Screw*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© de la traducción, Alejandra Devoto, Jackie DeMartino y Carlos Manzano, 2015

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

[www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com)

ISBN: 978-84-15625-78-0

Depósito legal: B. 25.460-2015

Impreso por Reinbook S.L.

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

La historia nos había mantenido bastante interesados, junto al fuego, pero no recuerdo haber oído comentario alguno —exceptuada la observación obvia de que era truculenta, como había de ser, en esencia, cualquier relato extraño contado en Nochebuena en una casa antigua— hasta que por fin alguien dijo que era el único caso por él conocido de una aparición semejante a un niño. Se trataba, dicho sea de paso, de la visión —en una casa antigua como aquella en la que nos habíamos reunido— de un espectro horripilante ante un niño pequeño que dormía en el mismo cuarto que su madre y la despertó, aterrado, si bien sólo consiguió que ella —en lugar de disipar su pavor y calmarlo hasta volver a dormirlo— se topara también, antes de haberlo conseguido, con el mismo fantasma que lo había espantado a él. Esta observación produjo una respuesta —no de inmediato, sino más avanzada la noche— por parte de Douglas, con la interesante consecuencia que me dispongo a señalar. Otro de los presentes contó una historia que no surtió demasiado efecto y noté que él no le prestaba atención. Lo interpreté como una señal de que él mismo tenía algo

que ofrecernos y bastaría con esperar. Esperamos, en efecto, hasta dos días después, pero aquella misma noche, antes de separarnos, nos reveló lo que estaba pensando.

«Convengo totalmente en que —respecto del fantasma de Griffin o lo que fuera— su aparición en primer lugar ante una criatura de tan tierna edad le añade un matiz especial, pero no es la primera noticia que tengo de una historia así de fascinante protagonizada por un niño. Como el niño da al efecto otra vuelta de torno, ¿qué os parecería, si fueran dos niños...?»

«Nos parecería, naturalmente», exclamó alguien, «¡que le darían dos vueltas! Y también que nos gustaría enterarnos de lo que les sucedió.»

Vuelvo a ver a Douglas frente al fuego, al que, tras haberse levantado, daba la espalda, mientras miraba a su interlocutor con las manos en los bolsillos. «Nadie hasta ahora, salvo yo, lo ha sabido jamás. Es en verdad demasiado horrible.» Varias voces declararon que con ello la historia cobraba el máximo valor y nuestro amigo, preparando su triunfo con reposada maestría, paseó la mirada por todos nosotros y prosiguió: «Resulta inimaginable. Nada que yo conozca se le asemeja.»

«¿Por lo terrorífica?», recuerdo que pregunté.

Parecía querer decir que no era algo tan sencillo, que en realidad no sabía cómo calificarlo. Se pasó la mano por los ojos y esbozó una ligera mueca de dolor. «¡Por lo espantosa!»

«¡Ah, qué delicia!», exclamó una de las mujeres.

Douglas no le hizo el menor caso; me miró a mí, pero como si lo que viera fuese aquello a lo que se refería. «Por lo espeluznantemente repulsiva, horrenda y dolorosa.»

«Pues entonces», dije, «siéntate ahora mismo y empieza ya.»

Se volvió hacia el fuego, dio una patada a un tronco y se quedó contemplándolo un instante. Luego, tras darse la vuelta otra vez, añadió: «No puedo empezar. Tendré que enviar un mensaje a la ciudad.» Hubo una protesta unánime y muchos reproches, después de lo cual, con el mismo semblante caviloso, explicó: «Está escrita y guardada bajo llave en un cajón... del que no ha salido desde hace años. Podría escribir a mi criado y adjuntar la llave para que nos envíe el paquete cuando lo encuentre». Era a mí en particular a quien parecía dirigirse... casi como pidiendo ayuda para decidir. Había roto una gruesa capa de hielo, formada a lo largo de muchos inviernos; había tenido sus razones para mantener un largo silencio. El aplazamiento contrarió a los demás, pero fue su escrúpulo precisamente lo que me cautivó. Lo insté a escribir la carta a fin de que saliera con el primer correo y a ponerse de acuerdo con nosotros para hacer la lectura lo antes posible; después le pregunté si había sido una experiencia suya, a lo que se apresuró a responder: «¡Oh, no! ¡Gracias a Dios!»

«¿Y es tuyo el relato? ¿Fuiste tú quien lo recogió?»

«Sólo la impresión. La recogí aquí...» y se dio una palmada en el corazón. «Nunca la he olvidado.»

«Entonces, ¿ese manuscrito...?»

«Está escrito con tinta antigua y desvaída y con una letra bellísima.» Volvió a hacer una pausa. «De mujer. Murió hace veinte años y me envió esas páginas antes de morir.» En aquel momento, todos prestaban ya atención y —cómo no— alguien hizo un comentario malicioso o, en todo caso, sacó una conclusión, pero, aun-

que Douglas la soslayó sin sonreír, no por ello se molestó. «Era una persona de lo más encantadora... pero tenía diez años más que yo. Fue la institutriz de mi hermana», dijo con calma. «Jamás he conocido a otra tan agradable como ella; habría sido digna hasta de la mejor posición. Fue hace mucho tiempo y este episodio es muy anterior. Yo estaba en el Trinity y, cuando regresé en el segundo verano, ella ya trabajaba en casa. Aquel año pasé allí gran parte de las vacaciones —el tiempo era precioso— y, en sus horas libres, dimos algunos paseos y sostuvimos conversaciones en el jardín, en las que me pareció sumamente inteligente y agradable. Pues sí que me gustaba —no os riáis— muchísimo y aún hoy me complace pensar que yo a ella también. De lo contrario, no me lo habría contado. No se lo había dicho a nadie. No es sólo que ella lo dijera, sino que yo lo sabía. Estaba seguro: lo notaba. Comprenderéis por qué, en cuanto lo oigáis.»

«¿Porque hubiera sido tan aterrador?»

Siguió mirándome fijamente. «Lo comprenderéis en seguida», repitió. «Ya veréis.»

Lo miré fijamente yo también. «Comprendo: estaba enamorada.»

Por primera vez se rió. «¡Qué sagaz! Pues sí, estaba enamorada o, mejor dicho, lo había estado. Se notaba... no podía contar aquella historia sin que así fuera. Yo lo advertí y ella se dio cuenta, pero ninguno de los dos dijo nada. Recuerdo el momento y el lugar: en aquel punto del césped, a la sombra de las grandes hayas, en una prolongada y calurosa tarde estival. No era un escenario para estremecerse, pero, ¡ay!...» Se alejó del fuego y volvió a dejarse caer en su sillón.

«¿Recibirás el paquete el jueves por la mañana?», pregunté yo.

«Probablemente no hasta el segundo reparto.»

«Pues entonces, hasta después de cenar...»

«¿Os reuniréis todos aquí conmigo?» Volvió a mirar en derredor. «¿No se marchará nadie?» Lo dijo como con esperanza.

«¡Nos quedaremos todos!»

«¡Yo sí... y yo también!», exclamaron las señoras que ya habían anunciado el día de su partida. Sin embargo, la señora Griffin quiso saber algo más. «¿Y de quién estaba enamorada?»

«La historia lo dirá», me tomé la libertad de responder.

«¡Estoy impaciente por oírla!»

«La historia no lo dirá», dijo Douglas. «Al menos no de forma literal ni vulgar.»

«¡Qué lástima! Es que, si no es así, no lo entiendo.»

«¿Por qué no nos lo dices tú, Douglas?», preguntó otro de los presentes.

Volvió a ponerse de pie de pronto. «Sí... mañana. Ahora tengo que irme a la cama. Buenas noches.» Y, tras apresurarse a coger una vela, se marchó y nos dejó un poco perplejos. Desde el extremo de la gran sala de color castaño en la que nos encontrábamos, oímos sus pasos en la escalera, tras lo cual la señora Griffin habló: «Pues, aunque yo no sepa de quién estaba enamorada ella, sí que sé de quién lo estaba él».

«Ella tenía diez años más», dijo su marido.

«*Raison de plus*... ¡a esa edad! Sin embargo, tiene su encanto que mostrara tanta reserva.»

«¡Cuarenta años!», precisó Griffin.

«Y ahora lo suelta así, de repente...»

«Por eso», repuse, «el jueves por la noche vamos a asistir a un gran acontecimiento», y todos se mostraron tan acordes conmigo, que, en comparación, todo lo demás dejó de interesarnos. Una vez contada la última historia, aunque incompleta y como si fuera tan sólo el comienzo de una serie, nos estrechamos las manos y, tras «proveernos», como dijo alguien, de velas, nos fuimos a dormir.

Al día siguiente, me enteré de que en el primer correo había salido un sobre con la llave, dirigido a su residencia en Londres, pero, pese a que —o tal vez por esa razón precisamente— todos acabamos sabiéndolo, no lo importunamos hasta después de la cena o, mejor dicho, hasta una hora de la noche más apropiada para la clase de emoción en la que teníamos puestas nuestras esperanzas. A partir de aquel momento se mostró sumamente comunicativo y hasta adujo una razón de lo más convincente. Volvimos a reunirnos delante de la chimenea de la sala, donde la noche anterior nos habíamos deleitado con historias menos truculentas. Al parecer, para que se entendiera bien el relato que había prometido leernos, debía ir precedido de unas palabras a modo de prólogo. Permítaseme decir aquí con toda claridad y de una vez por todas que tal relato, transcripción exacta hecha por mí mucho después, es lo que voy a ofrecer a continuación. El pobre Douglas, antes de —y cuando ya se veía venir— su muerte, me entregó el manuscrito que le llegó el tercer día y que, en la noche del cuarto, se puso a leer —en el mismo lugar y con un efecto tremendo— a nuestro pequeño círculo silencioso. Naturalmente, las señoras que habían de partir —pese a haber

dicho que se quedarían— lo hicieron, a Dios gracias: por tener compromisos ineludibles, se marcharon, muertas de curiosidad, según manifestaron, en vista de los detalles con los que él había ido despertando nuestro interés, con lo cual su auditorio quedó reducido al final a un grupito más compacto y selecto, embargado, en torno al hogar, por la misma emoción.

Por el primero de tales pormenores, supimos que la declaración por escrito empezaba con la historia en cierto modo comenzada. Así, pues, convenía tener presente que su antigua amiga, la menor de varias hijas de un pobre párroco rural, a la edad de veinte años había acudido —con el fin de prestar sus servicios por primera vez en la enseñanza— a Londres, presa de la ansiedad, para responder en persona a un anuncio con cuyo autor había mantenido ya una breve correspondencia. Aquella persona, aquel posible patrón, cuando ella se presentó a la entrevista en una casa de Harley Street que le pareció inmensa e imponente, resultó ser un caballero célibe y en la flor de la vida, una figura como jamás había tenido ante sí —salvo en sueños o en alguna novela antigua— una trémula jovencita nerviosa procedente de una vicaría de Hampshire. No era difícil apreciar la clase de persona que era; por fortuna, jamás se extingue. Era apuesto, desenvuelto y afable, llano, alegre y atento. Le pareció —era inevitable— galante y maravilloso, pero lo que más la cautivó —y le infundió el valor que después demostró— fue que le presentara todo el asunto como un favor, una obligación que estaba dispuesto a contraer y por la que le quedaría agradecido. Ella lo imaginó rico, pero sumamente distinguido; lo vio envuelto en una aureola de moda elegante,

belleza, hábitos costosos y modales encantadores con las mujeres. Disponía —para vivir en la ciudad— de una mansión llena de reliquias de viajes y trofeos de caza, pero era a su quinta, la vieja casa solariega de Essex, a donde deseaba que ella se dirigiese de inmediato.

Había tenido que hacerse cargo de dos sobrinos pequeños, hijos de un hermano menor, militar, tras cuyo fallecimiento, dos años antes, habían quedado huérfanos. Aquellos niños representaban —en virtud del más extraño capricho del destino para un hombre en su posición: soltero y sin la experiencia adecuada ni un ápice de paciencia— una pesada carga. Todo aquello había supuesto un gran fastidio y él, por su parte, había cometido sin duda alguna una sucesión de errores, si bien sentía una pena inmensa por los pobrecitos y había hecho todo lo posible por ellos: en particular, los había enviado a su otra casa —pues el mejor lugar para ellos era, naturalmente, el campo— y habían permanecido en ella desde el primer momento con el mejor personal que había conseguido; llegó incluso a desprenderse de sus propios criados a fin de que los atendieran e iba a visitarlos siempre que podía para ver cómo estaban. Lo más fastidioso era que no tenían ningún otro pariente y a él sus propios asuntos le ocupaban todo el tiempo. Había puesto a su disposición Bly, un lugar sano y seguro, y había colocado al frente de la casa —aunque sólo de la servidumbre— a una mujer excelente, la señora Grose, antigua doncella de su madre, que había de agradar —no le cabía la menor duda— a su visitante. En aquel entonces, era el ama de llaves y también tenía de momento a su cargo a la niña, por la cual —a falta de hijos propios— sentía, afortunadamente, un gran

cariño. Había mucho personal de servicio, pero la joven que ocupara el puesto de institutriz ejercería, desde luego, la autoridad máxima. También debería encargarse, durante el verano, del niño, que había pasado un curso en la escuela —era demasiado pequeño, pero, ¿qué otra cosa se podía hacer?— y que, como las vacaciones estaban a punto de comenzar, no tardaría en volver a casa. Al principio, se había cuidado de los niños una joven, a quien habían tenido la desgracia de perder. Lo había hecho de maravilla —era una persona respetabilísima— hasta su muerte, infortunio cuya inoportunidad no había dejado otra opción precisamente que la de enviar al pequeño Miles a la escuela. Desde entonces, la señora Grose, en cuanto a buenos modales y demás, había hecho lo que había podido por Flora y contaba también con una cocinera, una criada, una encargada de ordeñar, un *poney* viejo, un caballero y un jardinero muy mayores, también muy respetables todos.

Llegado que hubo Douglas a este punto de su descripción, alguien le formuló una pregunta: «¿Y de qué murió la antigua institutriz? ¿De tanta respetabilidad?»

Nuestro amigo se apresuró a responder. «Ya se verá. No quiero anticiparme.»

«Perdona, pero pensaba que era eso precisamente lo que estabas haciendo.»

«Si hubiese sido su sucesora», intervine yo, «me habría gustado saber si el puesto representaba...»

«¿Necesariamente un peligro para la vida?», acabó Douglas mi frase. «También ella quiso saberlo, en efecto, y lo supo. Mañana os enteraréis de lo que averiguó. Mientras tanto, el panorama se le presentaba, desde luego, algo sombrío. Era joven y nerviosa y care-

cía de experiencia. El cargo entrañaba muchas obligaciones y poca compañía, una soledad inmensa. Ella vaciló —se tomó un par de días para consultarlo y sopesarlo—, pero el salario que le ofrecían superaba con creces sus modestas aspiraciones y en la segunda entrevista afrontó el brete y aceptó.» A continuación, Douglas hizo una pausa que me movió —erigiéndome en intérprete del grupo— a terciar:

«Y, naturalmente, la seducción de aquel joven espléndido surtió efecto y ella sucumbió.»

Se levantó y, como había hecho la otra noche, se acercó al fuego, movió un tronco con el pie y permaneció un momento de espaldas a nosotros. «Ella sólo lo vio dos veces.»

«Pues sí, pero precisamente por eso resulta tan hermosa la pasión que la embargó.»

Al oírme y para sorpresa mía, Douglas se volvió hacia mí. «Sí que lo era. Había habido otras», prosiguió, «que no sucumbieron. Él le expuso con sinceridad su problema: que a varias postulantes les habían parecido prohibitivas las condiciones. Sencillamente, no se atrevían por alguna razón: que si parecía aburrido, que si resultaba extraño y mucho más aún, dada la condición principal.»

«¿Que era...?»

«Que no lo importunara nunca... pero lo que se dice nunca: que no recurriera a él para quejarse ni para contarle nada por carta, sino que resolviese todos los asuntos por sí misma, se dirigiera, para cuestiones de dinero, al administrador y se hiciese cargo de todo y lo dejara a él en paz. Ella prometió hacerlo y me contó que, cuando él le cogió —aliviado, encantado— la mano un mo-

mento para agradecerle su sacrificio, ya se sintió recompensada.»

«Pero, ¿en eso consistió toda su recompensa?», preguntó una de las señoras.

«Nunca más volvió a verlo.»

«¡Oh!», dijo la señora, cosa que, tras marcharse de nuevo nuestro amigo de inmediato, fue la única aportación importante al asunto hasta que la noche siguiente, junto al rincón de la chimenea y en la mejor butaca, Douglas abrió la tapa de color rojo desvaído de un anticuado cuaderno de cantos dorados. En realidad, la lectura completa requirió más de una noche, pero en la primera la misma señora formuló otra pregunta: «¿Cómo se titula?»

«No tiene título.»

«Pues yo sí lo tengo», dije yo, pero Douglas, sin prestarme atención, había comenzado a leer con una claridad que parecía transponer para el oído la hermosa caligrafía de su autora.